

*comprensión.* Su esencia consiste en aplicar á las cosas una misma medida común y en considerarlas desde el mismo punto de vista arbitrario. Dos personas de la misma clase ó de la misma familia dotadas de esta facultad, no traspasarán nunca cierto límite en la manifestación de un sentimiento, porque más allá de esta medida la una y la otra persona encontrarían en vosotros un segundo sentido, una intención oculta. Lo notan á tiempo cuando el elogio se convierte en ironía y la expansión tiene algo de hipócrita, y en cambio una persona extraña podría juzgarlo de un modo diferente. Las personas dotadas de la misma comprensión ven las cosas bajo el mismo aspecto, bien sea ridículo, bien hermoso ó feo, y para facilitar este, acuerdo adoptan un lenguaje peculiar, giros y frases especiales y hasta palabras que expresan finísimos matices de ideas que no pueden comprender los demás.

En nuestra familia había un acuerdo perfecto entre papá Volodia y yo; Dubkof se había dejado llevar de la misma corriente, y Dmitri, aunque era mucho más inteligente, no nos comprendía porque no tenía aptitud para ello. Pero entre Volodia y yo este acuerdo, esta comprensión mutua era extraordinaria, á causa sin duda de que habíamos crecido en circunstancias idénticas. Papá mismo distaba mucho de hallarse á nuestra altura y no comprendía una porción de cosas tan claras para nosotros como que dos y dos son cuatro.

Por ejemplo, Volodia y yo habíamos adoptado—Dios sabe por qué—estas palabras: *pasa*, que quería decir el deseo vanidoso de ostentar riquezas; *giba* quería decir algo fresco, sano, elegante pero sin degenerar en cursi etc. Por lo demás en el sentido de las palabras influía mucho la expresión del rostro y el conjunto del discurso; tanto, que si uno de nosotros inventaba una palabra para expresar un matiz imperceptible, el otro la comprendía en seguida.

E las carecían de esta habilidad, y de aquí la causa pri-

mera de la barrera moral que las separaba de nosotros y de ahí también el desprecio que sentíamos por ellas. Acaso se comprendían entre sí, pero esta comprensión no se avenía con la nuestra, y se sentían inclinadas á ver un sentimiento en lo que nosotros llamábamos modos de decir, ó tomaban por lo serio lo que nosotros decíamos irónicamente.

Entonces no pude conciliar esta insuficiencia con el hecho de que fuesen inteligentes y buenas, y las despreciaba. Además como era muy escrupuloso en materia de sinceridad, y en lo que me concernía llevaba estas cosas al último límite, acusé á Liubotshka, tan tranquila y tan confiada, de socarrona y suspicaz é hipócrita, porque no comprendía la necesidad de indagar y analizar todos sus pensamientos y todas las oscilaciones de su espíritu. Por ejemplo, Liubotshka tenía la costumbre de hacer todas las noches la señal de la cruz sobre papá; ella y Catalina lloraban en los funerales dedicados á mamá; Catalina suspiraba y ponía en blanco los ojos cuando tocaba el piano: todo esto me parecía el colmo de la hipocresía y me preguntaba en donde habían aprendido á fingir como las personas *grandes* y porque su conciencia no las acusaba de ello.

## CAPITULO LXIX

### Mis ocupaciones

A pesar de todo, empleaba el tiempo con las señoritas mucho más que en los años anteriores, á causa de una gran pasión que sentí entonces por la música. Durante la primavera habíamos recibido la visita de un jovencito, vecino nuestro, que, apenas entró en la sala, se puso á mirar el piano, y mientras hablaba con Mimi y Catalina se fué acercando poco á poco á él. Después de haber hablado del tiempo y de los atractivos del campo, empezó brusca-mente á hablar de música y de piano; dió á entender que

sabía tocarlo y ejecutó en efecto tres valeses con tiempo acelerado.

Libuotshka, Mime y Catalina de pié y junto al piano, contemplaban al joven. Este no volvió más á nuestra casa, pero á mí me había encantado su modo de ejecutar, su posición, su manera de alisarse los cabellos y sobre todo su habilidad para hacer octavas con la mano izquierda, extendiendo rápidamente el pulgar y el meñique y levantándolos después lentamente para extenderlos de nuevo con agilidad. Aquel ademán gracioso, aquella postura negligente, aquella hermosa cabellera, su cortesía para con las señoras; todo esto me indujo á aprender á tocar el piano.

Animado de este propósito, me convencí de que poseía el don y la pasión de la música y que aprendería muy pronto. Comencé muy bien, como les pasa en general á los principiantes de ambos sexos, sobre todo del femenino, que no tienen buenas lecciones,—que carecen de disposición y que ni siquiera sospechan lo que puede dar el arte, ni conocen el modo de arreglarse para sacar algún fruto de él. Para mí la música, ó mejor dicho, el piano, era un medio para seducir á las señoritas y para mostrar sus sentimientos.

Después de haber aprendido las notas con ayuda de Catalina y de haberme soltado un poco los dedos (durante dos meses puse tanto ardor en este ejercicio que estando en la mesa ó en la cama me ejercitaba el dedo de enmedio, bastante rebelde, á la rodilla ó en la almohada), comencé á tocar. Tocaba ciertamente con brío y la misma Catalina me lo decía, pero perdía el compás á menudo.

Ya puede cualquiera imaginarse qué clase de composiciones podrían ser: valeses, galops, romanzas, arreglos de aquellos graciosos compositores, hechos por quien no está dotado de buen gusto, diciendo: «Esto no es preciso porque no se ha escrito en música, nada más insípido ni más absurdo.» Y esta es la razón por la que encontráis en

el piano de toda muchacha rusa tantos sin nombre. Teníamos nosotros, es verdad, la sonata patética y la sonata en do menor de Beethoven, dos piezas estropeadas por las señoritas y que Liubotshka tocaba solo como recuerdo de mamá. Teníamos también alguna buena música que mi hermana había recibido de su maestro de Moscou; pero había entre ellas demasiadas piezas de su composición — marchas y galops imbéciles—que tocaba Liuhotska. Ni á Catalina ni á mí nos agrababan las obras serias; dábamos la preferencia á *Le fou* ó á *Les Rossignols*, tocados por Catalina con tanta agilidad que apenas se le veían los dedos y que yo comenzaba también á tocar con bastante corrección y gusto. Había logrado imitar al joven pianista, y á menudo me pesaba que ninguna persona entraña me viese tocar. Pronto noté que Liszt y Kalkbrenner eran superiores á mis fuerzas y reconocí la imposibilidad de alcanzar á Catalina por aquel camino. Así, creyendo que la música clásica fuese más fácil y por otra parte deseando ser original, me convencí de que prefería la música seria alemana. Comencé á caer en éxtasis cuando Liubotshka ejecutaba alguna composición patética, aunque para ser sincero al cabo de algún tiempo me aburre. Yo también me puse á tocar algo de Beethoven que yo pronunciaba Betov.

A lo que recuerdo—y dejando á un lado mi afición y aquella mezquina aspiración á que obedecía mi pasión musical—no carecía de cierta aptitud. La música me conmovía hasta hacerme derramar lágrimas y sabía ejecutar en el piano, de oído, todas las arias que me agradaban. Creo que si en aquella época alguien me hubiese guiado y enseñado á buscar en la música misma el fin y la recompensa de mis esfuerzos, en vez de ver en ello sólo un medio de seducir á las niñas, habría llegado á ser un pianista regular.

Otra de mis ocupaciones durante aquel verano, fué la lectura de las novelas francesas de que Volodia había hecho una gran colección. Montecristo y los varios Misterios estaban entonces en gran boga. Era yo entusiasta de Alejandro Dumas, Eugenio Sue y Paul de Kock. Los personajes y los acontecimientos más extraños me parecían que eran la realidad, la vida misma; no sólo no me atreví á imaginar que el autor hubiera podido alterar la verdad, sino que para mí, el autor mismo no existía, viendo yo surgir de las páginas de sus libros personajes de carne y hueso y hechos reales. Es verdad que yo no había tropezado nunca con personas semejantes á las allí representadas, pero no dudaba siquiera de que existiesen realmente.

A la manera que un hombre inclinado á sentirse enfermo descubre en sí, el leer un libro de medicina, todas las enfermedades, así encontraba yo en mí mismo todas las pasiones descritas por el novelista y mil semejanzas con todos sus personajes, bien fuesen unos héroes ó unos malvados. Me atraían en estos libros las ideas artificiosas, el ímpetu en la expresión de los sentimientos, los hechos fantásticos, los caracteres de una pieza; los buenos, del todo buenos, los malos radicalmente malos. Precisamente como yo me imaginaba y concebía al hombre en su primera juventud.

Me entusiasmaba al encontrar todo aquello expresado en francés, lo que me permitía acopiar en mi memoria todas aquellas nobles palabras de unos héroes generosos, para poderme yo servir de ellas en análogas situaciones. Con la ayuda de las novelas ¡cuántas frases francesas no saqué, de las cuales dirigí algunas á Kolpikof, que en cierta ocasión me trató de villano y otras que decidí enderezar á mi bello ideal, á *Ella*, el día en que por fin la encontrara y me fuera posible declararle mi amor!

Al oírme, ninguna lograría resistirse á mi amor. En virtud de las novelas, hasta llegué á formarme un nuevo

ideal moral al que había deseado ajustar mi vida; aspiraba con ansia á ser noble en todas mis acciones; noble en el sentido que dan los alemanes á la palabra *nobel* y no en el de *ehrlich*. Soñaba sobre todo en ser un hombre de grandes pasiones y la esencia del *comme il faut*.

Me esforzaba en asemejarme aún exteriormente ó en mis costumbres á los héroes dotados de méritos especiales. Recuerdo que en una de las innumerables novelas que devoré durante aquel verano, figuraba un héroe extraordinariamente apasionado y que tenía las cejas muy espesas.

Pues bien, sentía un deseo tal de parecerme á él exteriormente,—en la parte moral me sentía igual, sin duda,—que ideé, al mirarme las cejas en el espejo, el cortármelas á menudo para que creciesen más espesas.

En la ejecución de mi proyecto me sucedió que me corté de una parte menos que de la otra; fué necesario igualar las dos cejas, pero después salió la otra más clara que la primera, y en suma, fuí recortando tanto y tan bien, que con grande horror mío me ví en el espejo sin sombra de cejas y, naturalmente, muy feo.

Me consolé al pensar que me crecerían pronto y mejor pobladas, como á mi héroe apasionado, y sólo me quedó el fastidio de imaginar lo que habría de decir á las gentes de casa cuando me viesen en aquel estado. Me fuí á la habitación de Volodia á tomar un poco de pólvora, me froté con ella las cejas y me acerqué al fuego. La pólvora no ardió; sin embargo parecía que me había quemado y ninguno pudo adivinar mi treta. Cuando me crecieron las cejas, más espesas en efecto que antes, ya no recordaba siquiera á mi adorado modelo.

## CAPITULO LXX

### El «comme il faut»

He aludido ya alguna vez á la idea expresada por el tí-

tulo de este capítulo y ahora siento que es necesario dedicarle algunas páginas. En efecto, entre todas las ideas des-envueltas en mí por la educación que tuve y por la sociedad en que viví, ésta ha sido una de las más falsas y perniciosas.

La especie humana es susceptible de muchas clasificaciones diversas: se la puede dividir en ricos y pobres, en buenos y malos, en militares y paisanos, en inteligentes é imbéciles, etc., etc.; pero en todo caso cada cual tiene su peculiar subdivisión favorita, en la que registra maquinalmente á toda persona que encuentra en su camino.

En la época de que hablo, clasificaba yo á todos los hombres en personas «comme il faut» y en gentes «comme il de faut pas». Estas últimas las dividía á su vez en personas «pas comme il faut» y en plebe. A las primeras las estimaba muchísimo y las juzgaba dignas de ser mis iguales; fingía despreciar á las de la segunda categoría, pero en el fondo las odiaba y me sentía personalmente ofendido con su contacto. En cuanto á las de la tercera categoría, no existían absolutamente para mí y no me cuidaba para nada de ellas.

Mi «comme il faut» consistía ante todo en hablar bien el francés con buena pronunciación—si veía á alguien que hablaba el francés mal ó con defectuosa pronunciación, le ponía en entredicho.

—¿Por qué pretendes hablar como nosotros, si no sabes?—decía entre mí con ira.

La segunda condición del «comme il faut» era tener las uñas largas, limpias, cuidadas con esmero. La tercera saber saludar, bailar y hablar en sociedad. La cuarta, importantísima, mostrarse indiferente á todo y manifestar siempre desdén soberbio de buena ley.

Había, además, algunos caracteres generales en virtud de los cuales clasificaba á un individuo, sin haberle hablado siquiera, y el principal de ellos, después del traje, los guantes, la letra y el coche, era el pie. El modo de cal-

zar y la manera cómo caía el pantalón sobre el zapato, era un grande indicio para mí.

Las botinas ó zapatos sin tacones, con punta cuadrada, y los pantalones estrechos por abajo indicaban la plebe. Los zapatos con punta redonda y con tacones y los pantalones estrechos, me daban la idea de un hombre de «mala especie».

Es extraño que esta idea se apoderase con tal fuerza de mí, pues poca aptitud tenía yo para llegar á ser «comme il faut». Quizá á causa de esto le daba yo tanta importancia.

Cuando pienso en todo el tiempo que perdí entonces, á los diez y seis años, á esa preciosa edad, la mejor de la vida, me parece cosa increíble.

Para todos aquellos á quienes yo trataba de imitar, Volodia, Dubkof y la mayor parte de mis conocidos, el ser «comme il faut» resultaba la cosa más fácil del mundo y yo les envidiaba y me ejercitaba á escondidas en hablar en francés, en saludar sin mirar á la persona á quien se dirigía el saludo, en charlar, en bailar, en mostrarme indiferente á todo, en fingir un gran aburrimiento, en pulirme las uñas, alrededor de las cuales cortaba la piel con mis tijeritas, etc., pero por más que hacía comprendía bien cuanto me costaría aún llegar al modelo.

Nunca he sabido poner en orden mi habitación, mi tintero ó mi carruaje «comme il faut», y sin embargo he estudiado los medios de hacerlo, á pesar de mi aversión á las ocupaciones materiales, mientras que los demás sabían disponerlo todo sin esfuerzo y naturalmente.

Me acuerdo de que un día después de haberme fatigado en arreglarme las uñas, pregunté á Dubkof, que las tenía muy bien cuidadas, qué hacía para conservarlas de tal modo. Dubkof me respondió: «Desde que nací las he tenido siempre así, sin haberles hecho nada, y no concibo como puedan ser de otro modo las uñas de un hombre «comme il faut».

Esta contestación me hirió en lo vivo. No sabía aún que una de las principales condiciones del «comme il faut» es el de tener muy bien oculto todo el trabajo que os cuesta.

El «comme il faut» no era solamente para mí un mérito de primer orden, una cualidad esencial, una perfección que ambicionaba alcanzar, era además de todo esto la condición indispensable de la vida, condición sin la cual no puede existir en la tierra ni felicidad, ni gloria, ni nada bueno.

No habría estimado ciertamente al artista célebre, al sabio ó al bienhechor de la Humanidad si no hubieran sido «comme il faut»; no podía comparar á uno de ellos con el hombre «comme il faut» sin poner á este último por encima de los demás. El les permitía pintar, componer, escribir, hacer el bien; los colmaba de elogios,—¿por qué no alabar lo que es bueno allí donde se encuentre?—pero siempre desde un nivel superior: él era «comme il faut» mientras ellos no lo eran. Esto era todo.

Yo creo que si hubiese tenido un hermano ó padres que no fuesen «comme il faut» lo hubiera considerado como una gran desgracia y habría creído que no había nada de común entre ellos y yo.

El mayor daño que me hizo esta idea no fué ni la pérdida de un tiempo precioso empleado en detrimento de otras ocupaciones serias, por la manía de no faltar á ninguna de las reglas tan difíciles para mí del «comme il faut»; ni el odio y el desprecio que sentía por las nueve décimas partes del género humano, ni por la falta de observación de todo lo que era bello fuera del estrecho círculo del «comme il faut»; el mayor daño, repito, que en mí produjo el «comme il faut», fué el arraigar en mí la convicción de que representaba una posición en el mundo; de que un hombre no tiene necesidad de fatigarse para llegar á ser un empleado, ó un militar, ó un sabio desde el momento que ya es «comme il faut» y que siéndolo

ha cumplido ya su misión sobre la tierra, superior á la de la gran mayoría del género humano.

El hombre llega de ordinario á cierta edad después de haber cometido muchos errores que le hacen sentir la necesidad de tomar una parte activa en la vida social, escogiendo un trabajo cualquiera á que consagrarse. Al hombre «comme il faut» le sucede esto rara vez. Conozco muchos, muchísimos hombres, más bien ancianos, orgullosos, llenos de confianza en sí mismos, atrevidos en sus juicios, los cuales si en el otro mundo han de responder á esta pregunta: «¿Quién eres tú? ¿Qué has hecho allá abajo?» podrán decir solamente: «He sido un hombre «comme il faut.»

Esta era la suerte que me esperaba.

## CAPITULO LXXI

### Juventud

Durante aquel verano, aunque se agitasen en mi mente mil pensamientos confusos, fui joven, inocente, libre y casi feliz.

Por la mañana me levantaba casi siempre muy temprano (dormía en la galería y los rayos del sol naciente me despertaban pronto), me vestía de prisa, tomaba una toalla y una novela francesa é iba á bañarme en un arroyo, á la sombra de los abedules, distante de casa como media versta. Después me tendía en la yerba en un sitio resguardado del sol y me ponía á leer. De cuando en cuando mis ojos se levantaban del libro para contemplar el arroyo que á la sombra tomaba un color violáceo y que el viento de la mañana comenzaba á rizar, ó bien el campo de cebada ya madura, ó la orilla opuesta, ó la luz dorada del sol aún poco elevado, que descendía por los troncos blancos de los abedules y experimentaba dentro de mí

aquella misma frescura, aquella juventud é intensidad de vida que respiraba la naturaleza en torno mío.

A menudo por la mañana, cuando el cielo estaba cubierto de nubes grises y sentía frío después del baño, iba á través de los campos y de los bosques, bañando mis pies con delicia en el fresco rocío.

Iba pensando entonces en los héroes de la última novela leída y me figuraba ser coronel, ó ministro, ó una especie de Hércules, ó un hombre de enérgicas pasiones y miraba al rededor mío con cierta palpitación en la esperanza de descubrir á mi amor ideal en un campo ó al pie de un árbol.

Cuando durante estos paseos me acontecía tropezar con algunos campesinos ó campesinas dedicados á su trabajo, aunque la plebe no existía para mí, experimentaba siempre, sin darme cuenta del por qué, un gran embarazo y me esforzaba por pasar inadvertido.

A menudo, cuando empezaba á hacer calor y las señoras de casa no estaban aún preparadas para el té, me iba al huerto ó al jardín á comer fruta, uno de mis mayores placeres. Estaba en el vergel y me instalaba en medio de un bosquecillo de grandes frambuesos cuyo pie estaba cubierto por altas y espesas yerbas.

Sobre mi cabeza el cielo luminoso y ardiente, todo á mi alrededor el verde pálido de los frambuesos y el de las yerbas locas. Una planta de ortiga de un verde sombrío, yergue su trallo grácil y elegante terminado en un racimo de flores; un lampazo sobrepasa á los frambuesos en altura, llevando sus ásperas flores de un color lila castaño hasta más arriba de mi cabeza. La ortiga y el lampazo alcanzan hasta las primeras ramas, de hojas de un color verde claro, de un viejo manzano, cargado de redondos frutos, brillantes y aún verdes. Bajo el árbol hoy un grupo de frambuesos que se encorva para salir al sol, un lampazo que crece vigorosamente en la sombra bañado del rocío,

sin acordarse de que los cálidos rayos del sol calientan en este momento la fronda del manzano.

Siempre hay humedad en los sitios frondosos; se siente el olor característico del punto donde falta el sol, de la manzana caída al suelo y que se pudre en tierra, de los frambuesos, de los pulgones de que á veces me trago alguno, apresurándome en este caso á comerme otra frambuesa para hacerlo pasar.

Al moverme espanto á los pajarillos que han escogido aquí su estancia y oigo su gorjeo tímido y su aleteo fugitivo al huir entre las ramas. Oigo el zumbido de un abejorro que permanece en el mismo punto; por un sendero próximo escucho acercarse los pasos del jardinero, de aquel imbécil de Okiu, que murmura constantemente, y me digo entre mí: «¡No! ni él ni nadie en el mundo me podrá descubrir aquí...» Cojo á dos manos las jugosas manzanas suspendidas de sus ramas blanquecinas y frágiles y las devoro á bocados con delicia una tras otra. Los rayos del sol comienzan á penetrar por entre el follaje y á calentarme la cabeza; la gana de comer se ha apagado hace tiempo, pero á pesar de todo permanezco allí y miro y escucho y continúo maquinalmente cogiendo y comiendo manzanas.

A las once, de ordinario, vuelvo á casa y entro en la sala. El té está servido ya hace mucho tiempo y las señoras volvieron de nuevo á sus ocupaciones. Ante la primera ventana, cuya cortina de seda cruda deja pasar pequeños rayos de sol, tan vivos que ofenden la vista, hay un bastidor para bordar. Las moscas andan sin el menor rumor sobre el blanco lienzo. Ante el bastidor está sentada Mimi, que sacude la cabeza irritada y cambia de puesto á cada instante huyendo del sol que la hiere, ora de un lado ora del otro; ora en la cara, ora en las manos. Al través de las otras tres ventanas se refleja sobre el pavimento blanco la sombra de las rejillas y de los vidrios de colores y al pie de una de ellas, según su antigua costumbre, está,

extendido Milka, que endereza las orejas al oír las moscas que entran por las ventanas.

Catalina hace calceta ó lee sentada sobre el diván y espanta las moscas con sus blancas manos, aun más transparentes bajo la luz espléndida, y frunce las cejas y sacude la cabeza para poner en fuga á un insecto aprisionado entre sus blondos y espesos cabellos.

Liubotshka anda de un lado á otro con la mano á la espalda esperando la hora de ir al jardín, ó toca en el piano una pieza que sé de memoria desde hace mil años. Me siento y espero, escuchando la música ó la lectura, el momento en que podré sentarme á mi vez al piano.

Después de la comida les hago el honor á las muchachas de acompañarlas á caballo (consideraba los paseos á pie poco convenientes á mi edad y á mi posición social). Las llevo á sitios muy apartados y nuestras cabalgatas son muy divertidas. Si ocurriese alguna aventura me mostraría muy resuelto; las señoras alaban mi manera de montar y mi valor y me miran como su protector.

Por la noche durante el té,—siempre lo tomamos en la galería á la sombra,—después de haber ido con papá á echar una ojeada sobre los campos cultivados, vuelvo á casa, me tiendo, si no hay visitas, en mi antiguo puesto en la butaca, y leo, escuchando la música de Catalina ó de Liubotshka y fantaseando como en los pasados tiempos.

A veces solo en la sala, mientras esta última toca algún antiguo trozo de música, dejo caer sin sentirlo el libro y miro á través de la abierta puerta de la terraza. Las ramas velosas de los altos abedules están ya invadidas por las sombras del crepúsculo. El cielo está puro; al mirarlo fijamente diviso una pequeña mancha amarillenta, como polvorosa, que se borra y desaparece. Escucho la música, oigo las voces de los criados, el rebaño que vuelve á la aldea y me acuerdo de pronto de Natalia Savishna, de mamá de Carlos Ivanovitch, y por algunos instantes me quedo triste. Mi alma sin embargo rebosa tanta vida y esperan-

za, que aquellos recuerdos me desfloran apenas con sus alas y se desvanecen.

Después de cenar y á veces tras un pequeño paseo por el jardín en compañía de cualquiera (tengo miedo de andar de noche solo por las oscuras alamedas del jardín) voy á tenderme en el suelo, solo, en la galería. A despecho de los millares de mosquitos que me devoran, este es para mí uno de los mayores placeres.

Me sucede á veces, cuando hay luna llena, que paso la noche sentado en el colchón escuchando los mil rumores de la noche y el silencio, y pensando mil cosas diversas, sobre todo en la felicidad poética y voluptuosa que me parecía entonces la felicidad suprema, atormentado por el pensamiento de no conocerla sino por la imaginación. Apenas nos dan las buenas noches indicándonos que es la hora de acostarse, cuando las luces de la sala se dirigen á las habitaciones superiores, en donde se oyen voces de mujer ó el ruido de ventanas que se abren ó cierran, yo me vengo aquí á la galería y me paseo escuchando con avidez todos los rumores de la casa adormecida. En tanto que me queda la más pequeña esperanza de alcanzar esa felicidad á que aspiro, aun cuando sea incompletamente, se me hace imposible pensar con calma en ella.

Siento unos pasos de pies descalzos, una tos, un suspiro, una ventana que se abre, el roce de un vestido, y á cada uno de estos ruidos me enderezo sobresaltado, me pongo á escuchar como un ladrón esperando, me siento todo agitado sin causa aparente. En las ventanas del piso superior se apagan las luces; en vez de pasos ó de voces se siente sólo roncar; el guarda nocturno comienza á golpear su lámina de latón, el jardín aparece ora más claro, ora más oscuro según que las luces rojizas de las ventanas aparecen ó se apagan. La última de estas luces pasa desde la despensa al vestíbulo, mandando un rayo luminoso sobre el jardín lleno de rocío y veo desde la ventana la figu-

ra de Phoca, que se va á la cama en camisa con una bujía en la mano.

Siento á veces un vivo placer en deslizarme entre la húmeda yerba, á la sombra oscura de la casa, hasta la ventana del vestíbulo y en escuchar, conteniendo la respiración, al joven criado que ya ronca y á Phoca que creyéndose solo, se lamenta ó lee sus oraciones con su voz cascada. Después, cuando esta luz se apaga también y la ventana se cierra con estrépito, me quedo completamente aislado; miro en torno mío con timidez por si viene al piso bajo y se acerca á mi cama alguna mujer vestida de blanco... y me vuelvo corriendo á mi galería. Al fin me voy á la cama y me acuesto con la cara vuelta hacia el jardín, me libro como puedo de los mosquitos y de los murciélagos, y escucho los rumores de la noche pensando en el amor y en la felicidad.

Entonces todo toma para mí un sentido insólito: los viejos abedules cuyos peludos ramos brillan heridos por la luz de la luna y proyectan por la parte opuesta negras sombras sobre los arbustos y sobre el camino; el estanque centellante cuyo rumor tranquilo é igual va creciendo con el silencio; las gotas de rocío que centellean á la luz de la luna, pendientes de las hojas, y las sombras graciosas dibujadas por los macizos de flores; el canto de la codorniz á la parte allá del estanque; la voz de un hombre que pasa por la carretera; el roce ligero, casi imperceptible, que hacen dos viejos abedules cuyas ramas agita un leve vientecillo. El ligero zumbido de un mosquito que ha entrado bajo la cubierta y ronda al rededor de mi cabeza; la caída de una manzana madura sobre las hojas secas; los saltos de las ranas que se adelantan á veces hasta la escalinata del terrado y cuyos verdes dorsos tienen á la luz de la luna un resplandor misterioso; todo toma para mí un sentido extraño; el de un exceso de belleza y de una felicidad atrofiada é imperfecta.

Mas hé aquí que *Ella* aparece con sus largos cabellos

negros, su seno opulento, siempre triste y bella, de brazos desnudos y de voluptuosas caricias. Me ama y yo le doy toda mi vida por un solo minuto de su amor. Pero la luna está cada vez más alta, resplandece cada vez más, el reflejo del estanque es cada vez más deslumbrador y las sombras cada vez más negras, la luz más transparente; yo miro y escucho y no sé qué me anuncia que *Ella* con sus brazos desnudos y sus ardores está aún lejos de dar la verdadera felicidad. Presiento que mi amor por ella no me dará el bien perfecto y cuanto más miro la luna ya alta y llena, más me parece que la verdadera belleza y la felicidad puras, deben purificarse al aproximarse más y más, á medida que ascienden, á Aquel que es la fuente de toda Belleza y de todo Bien. Lágrimas de una alegría inaudita, aunque no serena, me salían de los ojos.

Estaba siempre solo y me parecía siempre, en aquellos momentos, que la Naturaleza, en toda su misteriosa majestad, que el disco luminoso de la luna parado allá arriba en lo más alto del cielo azul y presente al mismo tiempo por todas partes y dominando por todo el campo, que yo mismo, mísero gusanillo corrompido ya con todas las mezquinas y miserables pasiones humanas, pero en posesión de la gran fuerza encerrada en el amor; me parecía, digo, que en aquellos momentos, la Naturaleza, la luna y yo formásemos una sola y misma cosa.

## CAPITULO LXXII

### Nuestros vecinos del campo

Me asombré cuando el día de nuestra llegada dijo papá que los Epiphane eran muy buena gente, y me asombré más aun cuando ví que iba á su casa.

Hacia muchos años que sosteníamos un pleito contra los Epiphane sobre unos terrenos, y desde que era pequeño había oído tronar á papá un número infinito de veces



contra aquella gente cuando se encolerizaba con motivo de una fase cualquiera del pleito, convocando á muchas personas que en mi criterio de niño juzgaba que debían defenderlo contra ellos.

Había oído decir á Jacob, nuestro intendente, que los Epiphane eran nuestros enemigos y personas negras (1) y me acordaba que la de mamá no quería que en presencia suya se pronunciara siquiera su nombre.

Conforme á estos hechos, me había formado en mi infancia una idea bien definida de los Epiphane. Para mí eran los enemigos, prontos á degollar ó estrangular no sólo al papá, sino á sus hijos si cayéramos entre sus manos. Además tomaba á la letra aquello de negras personas, de modo que cuando murió la mamá y ví á Eudoxia Vassilevna, llamada «la bella flamenca» junto al lecho de muerte, me resistí á creerla perteneciente á una familia negra. Tuve que confesar que no era negra, pero continué á pesar de esto en manifestar escasa estimación por los Epiphane.

Aquel verano les vimos muchas veces, pero yo conservé grandes prevenciones contra todos. Hé aquí quienes eran en realidad los Epiphane:

La familia se componía de la madre, una viudita de unos cincuenta años, aún fresca y muy alegre, de su hija la bella Eudoxia Vassilevna y de un hijo Pedro Vassilevitch, un exteniente soltero, un poco enredador, aunque muy serio.

La madre, Ana Dmitrievna Epiphane, había vivido veinte años separada de su marido, algún tiempo en Petersburgo en donde tenía algún pariente, pero mucho más frecuentemente en su posesión de Miticha á tres verstas de la nuestra.

De esta viuda se contaban por el país cosas tan espantosas, que Mesalina, en comparación suya, podía conside-

(1) Personas negras se llama en Rusia á las de baja estofa.

rarse como inocente virgen. A causa de esto, no quería mamá que se pronunciase el nombre de los Epiphane en casa. Pero, seriamente hablando, no era posible creer en la décima parte de estos chismes de mala ley puestos en circulación por las vecinas del campo. En la época en que conocí á Ana Dmitrievna vivía en su casa cierto Mitincha, siervo y tenedor de libros, siempre muy rizado y lleno de pomada, que vestía una bata circasiana y que durante la comida se mantenía tras del asiento de su ama y ésta invitaba á sus huéspedes en francés á admirar los bellos ojos y la bella boca de Mitincha, pero no había nada de verdadero en cuanto malo se le atribuía.

Ana Dmitrievna hacía diez años que había reformado del todo su vida, es decir, desde el día en que había hecho venir á su lado á su hijo Pedro que seguía la carrera militar. La posesión no era muy grande; podía contener á lo sumo cien habitantes y los gastos eran muchos en la época en que ella llevaba una vida muy alegre.

Las tierras gravadas de hipoteca sobre hipoteca iban á ser embargadas y vendidas, cuando Ana escribió en tal apuro al hijo para que viniese á salvar á la madre. A Pedro le iba tan bien en el regimiento que esperaba asegurarse su propia independencia en un porvenir próximo; pero, como hijo obediente, lo abandonó todo, dió su dimisión y volvió al campo con su madre.

Pedro era un hombre práctico y de firmes principios. Disminuyó el número de los caballos y de los coches, suprimió los convites, lo vigiló y arregló todo, y á fuerza de expedientes salvó la propiedad y normalizó la marcha de la casa. En el salón era el hijo ante su madre; le prodigaba los cuidados más asiduos, riñendo á los criados cuando no obedecían á Ana Dmitrievna. Pero en su departamento, en su despacho era capaz de armar un escándalo si habían mandado asar un ganso sin permiso suyo.

La madre y la hija no se parecían en nada absolutamente. La madre era una de las mujeres más simpáticas

que se encuentran en sociedad, siempre cortés, siempre de buen humor. Todo lo que era bello ó que proporcionaba un placer la entusiasmaba. Tenía también muy desarrollada una facultad que no se encuentra entre personas de cierta edad si no cuando son fundamentalmente buenas: la facultad de gozar al ver divertirse á la juventud. Su hija, por el contrario, era seria ó mejor indiferente y pensativa. No había en ella la menor huella de esa arrogancia que se encuentra de ordinario en las muchachas hermosas que permanecen solteras. Cuando quería estar alegre, su alegría desentonaba, sea que se burlase de sí misma ó de la persona á quien hablaba.

Me sucedía á veces que me quedaba sorprendido al preguntarme lo que Eudoxia quería decir con frases como la siguiente: «¡Qué linda soy! sí, parece increíble, ¡todos están enamorados de mí!

La madre era muy activa y andaba siempre atareada; la hija no hacía nada casi nunca. No solo no le gustaban las labores femeniles, ni el cultivo de las flores sino que ni siquiera se ocupaba de su persona, y cuando le llegaban visitas, siempre se veía obligada á escaparse para irse á vestir. Una vez arreglada volvía al salón muy hermosa á pesar de la falta de expresión de sus ojos y de su sonrisa, defecto común á todas las caras demasiado regulares.

Su perfil fino y frío y su hermosa presencia parecían decir: «Venid y miradme; os lo permito.»

No obstante la vivacidad de la madre y el aire indiferente de la hija, algo os decía que la primera no había amado nunca y no amaría nunca más que el lujo y el placer, mientras que la segunda tenía uno de esos temperamentos que una vez inflamado se sacrifican durante toda su vida por el objeto de su amor.

## CAPITULO LXXIII

### El matrimonio de mi padre

Mi padre tenía cuarenta y ocho años cuando contrajo segundas nupcias con Eudoxia Epiphane.

Creo que durante la primavera, cuando volvió al campo con las niñas, mi padre se hallaba en aquel estado de ánimo propio de los jugadores cuando hacen alto, después de haber ganado mucho. Mi padre comprendió que le quedaba aun una buena parte de su fortuna, y que en vez de arriesgárla á los naipes, valía más gozar de ella y procurarse placeres de otro género. Estábamos en primavera, poseía una gruesa suma con que no había contado, estaba solo y se aburría. Me imagino que al hablar de negocios con Jacob y al recordar el interminable pleito con los Epiphane y á la bella Eudoxia, á quien no había visto desde hace mucho tiempo, le había dicho á Jacob:—«¿Sabes, Jacob, cuál es el mejor modo de cerrar este pleito? Ya tengo gana de no pensar más en aquella malhadada tierra, que carguen con ella si la quieren. ¡Eh! ¿qué te parece?—Me parece ver los dedos de Jacob agitarse en sentido negativo detrás de la espalda y lo oigo esforzarse en demostrar que la razón es nuestra.

Pero papá mandó enganchar, endosó su frac color de aceituna de última moda, se peinó esmeradamente los cabellos, echó sobre su pañuelo unas cuantas gotas de agua de olor y se fué á casa de los vecinos, entusiasmado á la idea de obrar á lo gran señor y más aún con la esperanza de ver á una hermosa joven.

Más tarde supe que el día de su primera visita papá no encontró al hijo Epiphane que visitaba los campos, y quedó solo con las señoras. Me parece verlo deshacerse en